

# A veces prosa

## Alfonso Reyes y la literatura española

Adolfo Castañón

Desde su primer libro, *Cuestiones estéticas* (1910), Alfonso Reyes (1889-1959) aparece dueño de sus armas: gracia, prosa nerviosa y rotunda, afición de Grecia y atracción informada hacia la cultura hispánica. “La estética de Góngora” y “De los proverbios y sentencias vulgares” son como las puntas del compás inicial de ese “niño brillante” —un jovencillo de veinte años—, como se llama a sí mismo Reyes en 1955, al dar noticia de este primer libro. Dos puntas, dos amores inaugurales: Góngora y los refranes, vale decir la lengua popular que lo acompañarán toda la vida, dos puntas convergentes en un texto, que dedica a la que él llama “novela perfecta”: *La cárcel de amor* de Diego de San Pedro. Reyes se mueve con soltura y seguridad en el paisaje cultural y literario hispánico medieval y renacentista. Se mueve con olfato y capacidad para renovar los asuntos que estudia. Margit Frenk, la reconocida hispanista mexicana y editora de *Corpus* y *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica* (2003), al recibir el Premio Alfonso Reyes en noviembre de 2006, expresa con feliz gratitud las coincidencias existentes entre sus descubrimientos e ideas y las de Alfonso Reyes. Subraya, por ejemplo, cómo la formación de los proverbios interviene en el sentimiento lírico, y dice:

Lástima que don Alfonso Reyes no hubiera llegado a leer mi trabajo, que le habría gustado, porque en él mostraba yo que muchos refranes que no sólo tenían aire de canción, sino que de hecho se cantaban, que eran a la vez canciones.

La otra coincidencia sobre la ideología de los refranes, por llamarla de algún modo, tiene que ver con la falta de utilidad y la ausencia de una moral edificante y de ense-

ñanza doctrinaria de estas formas de expresión sentenciosa, que según Reyes son, en primer lugar y ante todo, cosa más de arte que de ciencia: “Los refranes son manifestaciones estéticas, lástima de que se empeñan en darles otra justificación”.

¿Hace falta explicar que cuando Alfonso Reyes llega a España en octubre de 1914 muy pronto se encontraría como pez en el agua en Madrid y en el Centro de Estudios Históricos y que, al tener que abrirse paso por sí mismo, las puertas de la ciudad literaria se le franquearían de par en par?

Desde que llega a Madrid, en octubre de 1914, acogido por el escritor peruano Ventura García Calderón, entra en contacto con una red de escritores, estudiosos, filólogos y lectores españoles o a vecindados en España. Hace amistad con Antonio G. Solalinde, José Moreno Villa, Américo Castro, entre otros, desde el Centro de Estudios Históricos, dirigido por Ramón Menéndez Pidal (1869-1968). Por cierto, éste lo sobrevivirá y fue uno de los últimos responsables de quien recibió carta en su lecho de muerte. Con Menéndez Pidal prepara una edición moderna del *Poema del Mío Cid*. Esta edición tendrá no poca fortuna editorial, con ella se inauguró la Colección Universal de Espasa Calpe y ha conocido más de veinte ediciones. Más allá o más acá de esa historia editorial, la figura de El Cid campea a lo largo de toda la obra de Alfonso Reyes en virtud de la identificación que éste practica entre la figura de su padre, el general Bernardo Reyes, y Ruy Díaz del Vivar. Esa cifra de su padre se reitera a lo largo de su obra. La interiorización de El Cid cunde por ella como una contraseña de ese hidalgo independiente que, para hacer valer el derecho, se enfrenta al rey y salva a

las leyes de las manos del poder. Dice el propio Alfonso Reyes sobre este texto que funda la literatura española:

Me cupo la honra —siendo un mero huésped de España— de inaugurar esta célebre colección, y de cuidar el texto del altísimo documento poético, acompañándolo de un prólogo y una prosificación moderna que ha corrido con suerte, pues el tomo ha alcanzado ya muchas ediciones (de diecisiete tengo noticias) y se lo usa para objetos escolares en todos los países de nuestra lengua; por lo cual sumo maestro de los estudios cidianos y venerado maestro mío, don Ramón Menéndez Pidal, quiso honrarme recientemente llamándome “Difundido del Cid” en dedicatoria privada a su opúsculo “Fórmulas épicas en el Poema del Cid” (*Romance Philology*, III, número 4, mayo de 1954).

No olvidaré la tarde en que nos reunió Américo Castro, y Manuel G. Morante —que había de dirigir la Colección de la editorial recién fundada— tendió en el suelo un montón de libros franceses que podrían servirnos de ejemplo, y allá, de rodillas nos dimos a escoger el tipo de los tomitos proyectados. Poco después, la buena fortuna llamó a mi puerta y se me hizo saber que sería yo el encargado de dar el primer paso en la nueva empresa, y nada menos que siguiendo la huella del Cid, como si yo mismo fuera uno de aquellos “bachilleres pobres” que él reclutó bajo su bandera.

El *Cid* ha ocupado siempre mi mente. En 1918, escribí una página, “El mayor dolor de Burgos” (*Las vísperas de España*) sobre el momento en que los burgaleses niegan posada al Cid. En los sonetos del *Homero en Cuernavaca* (1948-1951), hay uno, “De mi padre”, en que confieso cómo

la figura de Don Rodrigo se asocia para mí a los más caros recuerdos.<sup>1</sup>

En esa década vertiginosa de Madrid que va de 1914 a 1924, el entusiasmo llamado Alfonso Reyes colabora en diarios madrileños como *El Sol*, pero, sobre todo, en revistas especializadas como *Revista de Filología Española* de Madrid; ahí ensarta diversas colaboraciones sobre Góngora (“Góngora y la gloria de Niquea 1915”), “Contribuciones a la bibliografía de Góngora” (en colaboración con Martín Luis Guzmán y Enrique Díez-Canedo; 1916-1917), “Reseña de estudios gongorinos”, (1913-1918), “Cuestiones gongorinas: Pellerín en las cartas de sus contemporáneos”, “Calderón de la Barca. Un tema de *La vida es sueño*” (1917), escribe sobre Gracián (1915), Mateo Rosas de Oquendo (1917), además de redactar numerosas notas entre las que sobresalen las que publica en la revista de *Filología española* de Madrid sobre Miguel de Cervantes. Hace además cuidadosas ediciones con estudios y notas para el *Libro del Buen Amor* (1917) de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita; para Quevedo: *Páginas escogidas* (1917), y Lope de Vega: *Las aventuras de Pánfilo, El peregrino de su patria* (1920), así como el prólogo al tomo I de su *Teatro* (1919).

Ese hispanismo raigal no lo desvía de un vivo interés nacional, y como para él no hay intermitencia entre literatura hispana y literatura novohispana, el criollo mexicano Juan Ruiz de Alarcón será también objeto de su atenta mirada, junto con fray Servando Teresa de Mier. De éste último editará y prologará algunas *Páginas escogidas* (1917) y de aquél *Los pechos privilegiados* (1919). Muchos de estos textos, ensayos y artículos están recogidos en el tomo VI de las *Obras Completas: Capítulos de Literatura Española. Primera y segunda series*, p reparado en 1957 todavía por él mismo y que tiene, como dice, un carácter testimonial.

Pero es la figura y la obra del alto poeta cordobés Luis de Góngora la que cautivará a Alfonso Reyes desde su primer libro

<sup>1</sup> Alfonso Reyes, *Obras completas*, en “IV Historia Documental de mis libros (1955-1959)”, tomo XXIV, IX. El año de 1919, p. 247.



Manuel Rodríguez Lozano, *Retrato de Alfonso Reyes*, 1928

hasta, por así decir, sus últimos días. El tomo VII de las *Obras Completas* del polígrafo mexicano dedica doscientas cincuenta páginas de sus quinientas veinticinco al estudio del autor de las *Soledades* e incluye los ensayos: *Cuestiones gongorinas* (redactadas en Madrid entre los años de 1915 y 1918); “Tres alcances a Góngora” (leído en Buenos Aires en 1928) y “Lo popular en Góngora” (escrito en Buenos Aires y publicado en México en la revista *Ruta* en 1938) —una de las piezas mejor fraguadas de la vasta ensayística alfonsina—, así como el conocido ensayo sobre “La estrofa reacia del Polifemo” (escrito en México en 1954 y publicado en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* de El Colegio de México, VIII, número 3, pp. 293-306). Más allá de ese tomo séptimo preparado por el propio autor, las *Obras Completas* incluyen en el tomo XXV uno de los últimos trabajos del escritor regiomontano: *El Polifemo sin lágrimas: libre interpretación del texto de Góngora*, trabajo inconcluso que emprendió en sus últimos años y que de hecho lo acompañó en forma delirante durante uno de sus infartos. Este ejercicio libre está dedi-

cado “a Dámaso Alonso, maestro de toda exégesis e interpretación gongorina”.<sup>2</sup>

A su vez el intérprete español reconoce en *Góngora y el Polifemo* que “el gran hombre de letras mejicano expone magistralmente las dificultades de esta estrofa XI y las diversas soluciones propuestas: páginas que deberán leer todos los que quieran conocer a fondo el problema”.<sup>3</sup>

A todo ese bagaje gongorino hay que añadir la nutrida correspondencia que Alfonso Reyes sostuvo en los años madrileños con el hispanista Raymond Foulché-Delbosc y que fue publicada en México en la revista católica *Ábside* (en 1955 y 1956), dirigida por los hermanos Alfonso y Gabriel Méndez Plancarte.

Alfonso Reyes entrevera en una sola malla, invariablemente urdida con gracia

<sup>2</sup> “Alfonso Reyes y las lágrimas de Polifemo” (*Revista de la Universidad*, Nueva Época, número 41, julio 2007, pp. 26-35), se titula un acucioso y penetrante ensayo que el erudito, crítico y poeta mexicano José Pascual Buxó ha publicado recientemente para recapitular las estaciones críticas de Reyes en su relación con Góngora.

<sup>3</sup> Sexta edición, 1974, tomo III, p. 89, citado por José Luis Martínez en la Introducción al tomo XXV, p. 11.



Alfonso Reyes

y humor, lo erudito y lo contemporáneo, lo arqueológico y lo actual. Así, al mismo tiempo que se hace amigo, por así decir, de los escritores del Siglo de Oro español, estudia en vivo, se relaciona y simpatiza con Azorín, Eugenio D'Ors, José Ortega y Gasset, Ramón Gómez de la Serna. Con Juan Ramón Jiménez y Enrique Díez-Canedo compartirá la dirección de la preciosa serie de cuadernos *Índice*.

En Madrid se ha hecho amigo del viejo poeta mexicano nacionalizado español Francisco A. de Icaza, quien le abre las puertas de su biblioteca y de su agenda. La peculiar concepción que tiene Reyes de la unidad de la civilización lo lleva a asomarse a su propia cultura y geografía desde el balcón de la red hispánica y latina. Así, escribe *Visión de Anáhuac* (1519), que publica en Costa Rica en 1917 y reedita en Madrid en 1923: desde el mirador de la prosa de los cronistas como Bernal Díaz del Castillo y el propio Hernán Cortés en sus *Cartas de Relación*, Reyes sabe crear en *Visión de Anáhuac* un tenso y animado cuadro de costumbres que tan pronto aparece como poema y tan pronto se resuelve como ensayo, dejando al lector invariablemente suspendido y en comunión con el asombro.

Reyes fue a lo largo de los años un asiduo estudioso de Gracián. Y algo más: un imitador ocasional, consciente de sus modos y modales. No sólo escribió en diversas ocasiones sobre el autor de *El Oráculo* sino algunas veces, por casi decir *desde él*, como en aquel artículo en que polemiza amistosamente con Azorín sobre “La actualidad de Gracián”, donde sin dejar de esforzarse en conservar las palabras y conceptos de Azorín “lo más fielmente posible”, busca darle a “todo ello la forma de diálogo, del que tanto gusta Gracián”.<sup>4</sup>

Alfonso Reyes no veía al Siglo de Oro y a sus actores como algo externo y ornamental. No contemplaba “los toros desde la barrera”. A él mismo le gustaba mirarse como un diestro que, cuando era necesario, le entraba al quite en la arena.

Seguirá frecuentando a lo largo de toda su vida la literatura española, pero desde antes y a partir de la fundación y presidencia

<sup>4</sup> Alfonso Reyes, *Capítulo de literatura española*, La Casa de España en México, México, 1939, pp. 316 y 317, citado por Alberto Enríquez Perea en Alfonso Reyes y Max Aub, *Epistolario (1940-1959)*, Biblioteca Valenciana / Fundación Max Aub; presentación de Alicia Reyes; compilación, prólogo y notas de AEP, Valencia, enero de 2007, 82 pp., más ilustraciones y facsímiles.

de la Casa de España en México (1937), luego de El Colegio de México (1940), su vocación de hispanista se verá obligada a dar un vuelco hacia la práctica. Ya no sólo ha de leer a los autores españoles clásicos —del Arcipreste a Galdós pasando por Bécquer— por placer, ni limitarse al encuentro en la tertulia con los escritores españoles contemporáneos. Ha sonado la hora de darles la mano y tender el brazo ayudante; la hora de la solidaridad y la comunión cívica avivada por la derrota de la República: María Zambrano, Max Aub, Luis Cernuda son algunos de esos escritores españoles que le ayudan a poner de relieve a través de sus cartas una concepción del hispanismo como solidaridad civil. Otros, como sus amigos entrañables Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa y José Gaos gravitan en torno y retroalimentan a la nueva constelación hispánica creada o, si se quiere, salvada por Alfonso Reyes, ya no sólo en los libros y las letras, sino en el pan y la sal cotidianos.

Al leer algunas páginas de Alfonso Reyes (por ejemplo, las que dedicó a Azorín o aquellas iniciales consagradas a la sabiduría laica de los proverbios y refranes; ver tomo I) se tiene la sensación de que está como en su casa en el ámbito de la lengua española: hábitat, territorio, pero sobre todo solar, hogar, tierra nativa en la cual él sabe sembrar y disfrutar placer cordial y placer intelectual como hispanista, don Alfonso Reyes es “garbanzo de a libra”, ser excepcional y complejo en el seno del cual esos dos continentes —el hispánico y el mexicano— dialogan con limpieza.<sup>5</sup> **U**

<sup>5</sup> Una cala antológica del hispanismo de Alfonso Reyes es la que proporciona Héctor Perea en su útil libro *España en la obra de Alfonso Reyes* (Fondo de Cultura Económica, México, 1990, 709 pp.). Otras referencias pertinentes son las de Barbara Bockus Aponte, *Alfonso Reyes and Spain*, University of Texas Press, Austin and London, 1972, 206 pp., y el libro de Jorge Luis Morales, *Alfonso Reyes y la literatura española*, Editorial Universitaria, España, 1980, 193 pp. También se puede encontrar una exposición analítica de la relación de Alfonso Reyes con la filología románica y el hispanismo en la obra de Robert T. Conn, *The Politics of Philology. Alfonso Reyes and the Invention of the Latin American Literary Tradition*, Lewisburg, Bucknell University Press, Associated University Presses, Londres, 2002, 222 pp., en particular en los capítulos II, “Reyes's Canons in *Cuestiones estéticas*”, y III, “Writing Culture from Spain”.